

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XIV JORNADAS

VOLUMEN 10 (2004), Nº10

Pío García

Patricia Morey

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



La simpatía y la perspectiva de la segunda persona

*Carolina Scotto**

En la actual filosofía de la mente, el debate sobre las perspectivas –de primera y tercera persona– ha concentrado un conjunto de temas importantes relacionados con la atribución mental. En un trabajo anterior¹ sostuve que la perspectiva de la segunda persona es una perspectiva genuina, específica y básica de la atribución mental. El intento de defender la adecuación de este enfoque acerca de nuestras habilidades como psicólogos naturales para dar cuenta de ciertos fenómenos básicos de atribución intencional se basa en que, en primer lugar, tales fenómenos son genuinos fenómenos de atribución intencional, y, en segundo lugar, que los mismos quedan fuera del alcance y del interés de las otras perspectivas que han monopolizado el debate: la de primera y la de tercera persona. Por lo tanto, mediante la identificación, caracterización de los rasgos y valoración de la importancia de los fenómenos interactivos propios de esta perspectiva, será posible mostrar cómo funciona y a quienes es correcto atribuir competencia para la atribución intencional. Sobre esa base es posible apoyar la tesis más general según la cual ni la perspectiva de la primera ni la de tercera persona son excluyentes ni básicas, sugiriéndose, en cambio, que se trata de perspectivas que se adquieren gradual y más tardíamente en el desarrollo psicológico, permitiendo cada una formas diferenciadas de comprensión según los fenómenos de que se trate y los rasgos propios de quien las adopte, y que son, por ello, complementarias entre sí y con la de segunda persona. Debe aclararse que el problema de la atribución intencional desde esta perspectiva más que de cualquiera de las otras dos está referido a una competencia ordinaria, incluso pre-lingüística, por lo que cuestiones tales como, por ejemplo, las que vinculan el problema de la perspectiva con el de la explicación psicológica en una ciencia de lo mental caen fuera del foco de la discusión. El enfoque de la segunda persona pretende dar cuenta, como se verá, de aquellos casos de comprensión intencional que pueden atribuirse a legos e incluso a niños, así como también a otras especies animales, haciendo lugar a fenómenos que ponen de manifiesto el carácter constitutivo de los vínculos intersubjetivos, y que, por lo tanto, no dependen de las "nociones bien definidas de yo y de otro que domina un filósofo adulto".

Después de exponer una breve caracterización de la perspectiva de la segunda persona y de los fenómenos que abarca, dedicaré este trabajo a una caracterización del fenómeno de la simpatía y de sus variedades, puesto que ha mostrado ser de enorme interés para comprender ciertas manifestaciones básicas de la atribución intencional entendida como habilidad interactiva propia de la perspectiva de segunda persona.

* Universidad Nacional de Córdoba. CONICET

Epistemología e Historia de la Ciencia, Volumen 10 (2004), N° 10

La perspectiva de la segunda persona

La atribución mental, desde la perspectiva de segunda persona, es un conjunto de habilidades o una competencia compleja para la comprensión recíproca, cuyo desarrollo y expresión se da en contextos interactivos, es decir, a la vez públicos, sociales y prácticos y cuyos propósitos, dependiendo de esos contextos, son evaluativos. En consecuencia, puede ser también caracterizada como una forma primitiva de comunicación intencional (inmediata, involuntaria, dinámica y situada), que se realiza tanto con medios lingüísticos como, básicamente, con recursos expresivos corporales (faciales, visuales y posturales) y comportamientos acordes con ciertas reacciones emocionales básicas.

Ahora bien ¿cuáles son casos de atribución intencional de segunda persona? Fenómenos como la mirada (y sus efectos), las reacciones que evidencian atención visual conjunta, los movimientos corporales coordinados, los casos de imitación y sincronización gestual ("interaccional mimicry and synchrony"), las distintas formas que adopta la identificación y el "contagio emocional (primitivo)", las reacciones "simpáticas" espontáneas o las "emociones empáticas", y una gran diversidad de formas de cognición sensorio-motoras y de actitudes o reacciones no verbales hacia los demás, todos las cuales cuentan como casos de atribución mental porque expresan y/o resultan de reconocer en otro agente, del modo descrito, sentires, intenciones, necesidades, motivaciones, estados emocionales, etc. Puede argumentarse que es disputable de muchos de estos fenómenos que involucran intenciones y por lo tanto que se trate de casos de atribución intencional. Sin embargo, todo depende del concepto de intencionalidad que estemos utilizando. Si se adopta lo que podría considerarse una caracterización mínima de la intencionalidad, se puede preservar el núcleo del concepto tanto como incluir sin violencia al menos algunas formas o expresiones comportamentales como las mencionadas arriba. Intencionales son, en ese sentido, las relaciones en las que se involucran los organismos cuando al realizar diversas actividades, sobre la base de ciertas competencias o habilidades, se dirigen a objetos o personas, reales o imaginadas². La información que resulta accesible a esos organismos acerca de esas relaciones no es la única información relevante para identificar esa información, por lo que la perspectiva individual o de primera persona es sólo una fuente más de información intencional. Hay que notar que podría caracterizarse a la información restante como información de tercera persona, pero que resulta oportuno identificar previamente un nivel de información, del que no se requiere representación consciente, que es compartido por los sujetos o agentes de una relación intencional, o mejor, de una interacción o relación inter-subjetiva. A esta información la llamaremos de segunda persona.

Prácticamente ninguno de estos fenómenos ha sido objeto de atención por parte de los filósofos de la mente, sí, en cambio, son objeto de programas de investigación en psicología evolutiva, del desarrollo, del comportamiento, social, en neuropsicología, en estudios del comportamiento animal, primatología, entre otras. En estas disciplinas pueden apreciarse importantes esfuerzos orientados a definir con precisión los conceptos utilizados y por cierto, a identificar mejor los fenómenos bajo estudio.

La simpatía

El fenómeno de la simpatía es definido como la conciencia y participación en el sufrimiento o, más ampliamente, en las emociones de otra persona. Se distingue de la empatía, que es el intento de comprender estados positivos o negativos del otro. La etimología de estas dos expresiones sugiere una diferencia de significado (todo a pesar que en la literatura se emplean con cierta frecuencia de manera intercambiable): el prefijo "sim" significa "con", "junto con", mientras que el prefijo "em" significa "en" ("sentir dentro" en el sentido de compenetrarse en el otro). David Hume y Adam Smith (cfr. Wispé, 1986) introdujeron el concepto en las ciencias del comportamiento al invocarlo, justamente, para intentar explicar los fundamentos de la moralidad. En el *Tratado de la Naturaleza Humana* [1777], Hume buscaba un fundamento psicológico para explicar cómo las personas conocen y sienten los sentimientos de los otros. En la *Teoría de los Sentimientos Morales* [1759], Smith intentaba explicar cómo la simpatía nos permite concebir o ser afectados por lo que otros sienten, por razones altruistas enraizadas en la naturaleza humana. Fue luego Darwin en *The Descent of Man* [1871] quien enfatizó la importancia de la simpatía en los animales dotados de instintos sociales vinculándola con la posibilidad de desarrollar "una conciencia o sentido de la moral". Es interesante la teoría que desarrolla a principios de siglo el psicólogo McDougall's en su *Introduction to Social Psychology* [1908], distinguiendo una "forma primitiva de simpatía" por la cual "respondemos en forma directa a las expresiones de los sentimientos y emociones de nuestros congéneres"³ de otra forma que denominó "simpatía activa", la que supone un deseo auto-conciente de armonía emocional. Se trata de una relación recíproca en la cual no sólo se experimentan las sensaciones o sentimientos de los otros sino que se desea que el otro comparta los propios. Esta reciprocidad incrementa el bienestar cuando los sentimientos son positivos, pero cuando son negativos se requiere una explicación complementaria, que McDougall's creía encontrar en el instinto gregario. La simpatía activa resulta explicada, entonces, como la promoción de la cooperación entre pares. Mientras la forma primitiva, pasiva de simpatía, era asimilable al fenómeno conocido como "contagio emocional", la segunda es la simpatía propiamente dicha. Otros psicólogos sociales teorizaron sobre la simpatía, algunos cuestionando su carácter instintivo (haciéndola depender de hábitos aprendidos, como Allport [1924]). Lo cierto es que el concepto perdió interés en la psicología social después de la década del 50.

El concepto de empatía es, en cambio, más reciente. Lauren Wispé [1986] describe la diferencia entre empatía y simpatía del siguiente modo: "En la empatía el yo es el vehículo para la comprensión, y nunca pierde su identidad. La simpatía, por otra parte, tiene más que ver con la comunión que con la certeza, y la auto-conciencia se reduce más que se fortalece... En la empatía uno se substituye a uno mismo por otra persona; en la simpatía uno substituye a otros por uno mismo. Saber cómo se sentiría ser esa persona es empatía. Conocer lo que sería ser esa persona es simpatía. En la empatía uno actúa "como si" uno fuera la otra persona... El objeto de la empatía es la comprensión. El objeto de la simpatía es el bienestar de la otra persona. En suma, la empatía es un modo de conocimiento; la simpatía es un modo de relacionarse."⁴ La empatía es, como se sabe, uno de los mecanismos básicos que, según los teóricos de la simulación, explican el funcio-

namiento de la atribución mental en la *folk psychology*, oponiéndola a los procesos inferenciales postulados por la teoría de la teoría. Se trata de un mecanismo de primera persona consistente en la capacidad para comprender a otro y no se limita a una experiencia afectiva, aunque puede incluirla. La simpatía, en cambio, implica el experimentar el estado mental o emocional del otro, por lo tanto es compartir una experiencia con alguien más. Al constituir un comportamiento social básico, antecede a la empatía y no al revés. La empatía y otros procesos implicados en la adscripción mental que discuten los simulacionistas son mecanismos y habilidades básicamente intelectuales, no emocionales. Lo cierto es que la simpatía es un fenómeno intencional más básico y primitivo. Como bien reconocía Wittgenstein: "Lo que es esencial para nosotros es, después de todo, el acuerdo espontáneo, la simpatía espontánea"⁵.

Con esta caracterización de la diferencia entre simpatía y empatía y el carácter más básico de la primera coincide Frans de Waal, quien destaca que en el caso de la simpatía "la sensibilidad hacia la situación del otro viene acompañada de preocupación por esa persona."⁶ En su obra *Bien Natural*, dedicada a mostrar los orígenes de la conciencia moral en algunas especies animales, relaciona la simpatía con otros comportamientos similares. Vale la pena identificar esos comportamientos. En primer lugar, "la conducta auxiliar", propia de muchas especies animales, aquellas cuyos miembros establecen vínculos sociales importantes entre sus miembros, como ocurre especialmente en los mamíferos y las aves, pero que también se evidencia en la conducta de especies menos cercanas como las ballenas y los delfines. Se entiende por conducta auxiliar el cuidado o apoyo que se presta a otros individuos de la especie, distintos de la prole (por lo que no deben asimilarse al cuidado parental), cuando se encuentran en una situación de peligro. Se supone que aquellas especies donde la sobrevivencia propia depende en una gran medida del grupo social, desarrollan conductas de apego, auxilio y protección que evolucionan hasta desarrollar conductas asistenciales complejas, como en el caso del primate humano que crea "contratos muy desarrollados de apoyo mutuo"⁷. Estas formas evolucionadas de conducta cooperativa, que presuponen la capacidad de adoptar la perspectiva del otro actuando de un modo que considere sus intereses, conduce a una forma de "altruismo cognitivo"⁸. Las conductas características asociadas a la ayuda se manifiestan en distintas especies de modo similar. Según de Waal, aunque "no entendamos del todo la secuencia de la alimentación, el apego y el acto de prestar auxilio, es difícil negar su existencia"⁹ y en esta secuencia puede encontrarse el origen del beso, surgido quizás del beso de alimentación.

Es interesante destacar que la evidencia en niños muestra que desarrollarían conductas auxiliares a edades muy tempranas, antes de la adquisición del lenguaje, lo que viene a contradecir una extensa literatura que atribuye a los niños actitudes básicamente egoístas o auto-centradas. La relación entre conciencia moral y simpatía y la presuposición que para la primera se requiere un alto grado de comprensión y reflexión, alimentó la idea que los niños tienen reacciones espontáneas de carácter egoísta, pero las observaciones de diversas reacciones de los niños, independientemente de sus pobres o escasas descripciones verbales, pare-

cen mostrar lo contrario. Como por ejemplo, reaccionar de un modo sensible a conductas de tristeza, dolor o angustia.

Un mecanismo semejante a la simpatía que se evidencia en animales es el que de Waal llama "ajuste aprendido", y es definido como "la extensión de la sensibilidad al área de la expresión de las emociones"¹⁰. Es comparable a la empatía por cuanto supone habilidad para imaginarse a uno mismo en la situación del otro, sólo que mientras el ajuste surge del aprendizaje o la familiarización y es, por lo tanto, un proceso más lento, la empatía es un caso de comprensión, que aunque también requiere ser desarrollado, una vez dominada la habilidad para empatizar, no se requiere tiempo de aprendizaje caso por caso. No obstante ciertos simios parecen evidenciar un comportamiento idéntico al ajuste, no sólo con miembros discapacitados (que nacen ciegos o pierden un miembros) cuyas características aprenden a reconocer con el tiempo sino con individuos que sufren una lesión física, ante la cual reaccionan de modo inmediato con comportamientos de protección o apoyo. Casos de especial interés son las reacciones de muchos animales ante la muerte o la agonía de sus compañeros, de los que son célebres y si se me permite "conmovedores" los testimonios abundantes de la conducta de los elefantes. Lo mismo puede decirse de la práctica de cuidar las heridas de otro o de solicitar ese cuidado. Distintos monos y simios evidencian una variedad de conductas de solicitud de ayuda, llamando la atención de diversas maneras. Los chimpancés, por ejemplo, expresando disgusto o intensa rabia, mediante golpes, gritos y pérdida del control.

El "contagio emocional", o vivencia vicaria de emociones, cada vez mejor descrito en la literatura, es un fenómeno que exhibe variaciones graduales entre las distintas especies, e intra-específicamente con el desarrollo psicológico. Sería un antecedente necesario de la empatía cognitiva. Más básica aún es la habilidad conocida como "identificación emocional", aquella que nos permite convertir una situación de otra entidad en propia, la que a su vez permite la imitación: la capacidad de copiar la conducta del otro, o más ampulosamente, adoptar el punto de vista de los demás y actuar en consecuencia, es un talento que puede rendir importantes beneficios para quienes lo desarrollan, como es disponer de habilidades que les permiten resolver problemas. Otro fenómeno interesante sobre el que llama la atención de Waal es el reconocimiento de la propia imagen en el espejo, que, como se sabe, además de los humanos sólo la poseen los orangutanes y los chimpancés. (Hecho que ya Köhler en 1925 había descubierto en los chimpancés). Los niños evidenciarían sus primeros logros empáticos simultáneamente con la etapa en la que pueden reconocerse a sí mismos en el espejo. Otros monos y los demás mamíferos miran sus imágenes reflejadas sin que sus reacciones evidencien que se percatan que se trata de ellos mismos. Esta capacidad tiene una importancia decisiva para el desarrollo de alguna forma elemental de autoconciencia o de algún concepto primitivo de identidad personal. En efecto, distinguir uno mismo de los demás es importante para poder hablar de atribución intencional, a sí mismo o a otros. No obstante, como bien dice de Waal, "los simios no necesitan superficies reflectantes para adquirir una conciencia de sí mismos. Ya están acostumbrados a verse en el espejo social: en los ojos de los espectadores."¹¹ Una verdad que, por cierto, también se aplica a nosotros.

Un fenómeno sobre el que no hubiéramos admitido, al menos no basados en convicciones apriorísticas, que comparten humanos con otros animales, es la capacidad para mentir o engañar a otros intencionadamente. Sin embargo, están muy bien descritas sofisticadas conductas de engaño en distintas especies. Tales conductas requieren, como mínimo, un contraste entre la conducta efectiva y las intenciones o estados mentales presentes, con más la intención adicional que dicho contraste provoque una atribución incorrecta en los demás. Presupone un conocimiento acerca de cuáles debían ser las conductas correctas y cuáles las aptitudes de los demás para interpretarlas. Los chimpancés, pero no así los monos, dominan estas habilidades para el fingimiento y el disimulo.

Estos fenómenos en los que se desagra la simpatía o que se relacionan con ella suelen darse con las reacciones de significado contrario, crueldad o sadismo: capacidad para comprender el punto de vista del otro y sus intereses es también lo que necesita conocer el torturador para hacer daño a su víctima. Otras reacciones de este tipo son aquellas que caracterizan a las mismas especies que desarrollan conductas simpáticas pero de signo inverso: disfrutar de la desgracia o el dolor ajeno, conducta que podría relacionarse con la necesidad de estimular la propia autoestima o bien con el deseo de que se reparen ciertas injusticias, cuando pensamos de quien cae en desgracia que recibe su merecido, o bien que recibe el mismo mal trato que nosotros, de modo que nos gratifica sentir compañía en la desgracia. Si estos sentimientos y reacciones son la cara y la contracara, entonces lo opuesto de la simpatía y sus expresiones en comportamientos altruistas, en la medida en que incluye comportamientos generosos hacia el otro, no sería la indiferencia egoísta, sino el goce por la desgracia de los demás, la crueldad. En cualquier caso, los estudios empíricos más bien sugieren que unas y otras características se dan en los mismos individuos, dependiendo de las circunstancias vitales por las que atraviesan, dicho de otra forma, que las opciones contradictorias entre la postulación o bien de una naturaleza egoísta o cruel o bien de una naturaleza generosa y altruista, deforman las raíces de nuestra naturaleza social. En todos estos fenómenos, la moraleja parece ser que no es posible establecer distinciones nítidas entre casos donde se trata de automatismos en los que la distinción entre la propia reacción y la conducta de los demás no tiene mayor significación mentalista o incluso resulta indiscernible, y casos donde la distinción entre uno mismo y los demás, incluyendo proyecciones empáticas complejas, dan lugar a comportamientos altruistas. Y no nos referimos sólo al hecho que diferentes especies evidencian variaciones graduales de tales conductas, sino al hecho más profundo que tales conductas sólo varían por el grado de complejidad que evidencian y el modo como se relacionan con otras conductas y habilidades similares. El punto es que todos estos comportamientos no serían meros comportamientos automáticos, puesto que revelan un grado de sensibilidad y de reacción apropiada a la necesidad del otro que permiten hablar de cierto nivel de atribución intencional. Por cierto, la adecuada valoración de los resultados de las observaciones de los etólogos exige más de una consideración epistemológica: ¿se trata de proyecciones antropomórficas apresuradas? ¿se trata de semejanzas superficiales que encubren profundas diferencias? ¿el no contar con evidencia lingüística en el caso de los animales nos impide comprender qué es lo que realmente ocurre en sus mentes?

o al revés, ¿similares conductas no reclaman procesos subyacentes también similares (soluciones evolutivas análogas, al menos mucho más sugeridas en el caso de especies evolutivamente emparentadas)? Dejamos estas cuestiones más profundas para un próximo trabajo. El propósito de éste ha sido el de llamar la atención sobre un conjunto de fenómenos que cuestionan la supuesta distinción esencial entre comportamientos humanos basados en la auto-comprensión y la atribución a otros de fenómenos mentales, por una parte, y conducta animal instintiva, pre-intencional, por la otra, distinción que no es sino una variedad de la clásica (y también cuestionable) distinción esencial entre naturaleza y cultura.

Notas

1 "Interacción y atribución mental: la perspectiva de la segunda persona" [2002]. La primera versión de ese trabajo fue presentada en el XI Congreso Nacional de Filosofía, AFRA, Salta, 2001.

2 Esta definición laxa cubre, sin embargo, los rasgos que Brentano [1874] atribuía a las propiedades intencionales de los fenómenos mentales: un tipo peculiar de relaciones, aquellas que se dan entre un sujeto (su mente) y un objeto que puede no existir, relaciones que son esenciales a los fenómenos resultantes, los fenómenos intencionales, caracterizadas por tener contenido o portar información acerca de esos objetos.

3 Citado por Wispé, L. [1986], pg. 315.

4 Wispé, op.cit., pg. 318.

5 Investigaciones Filosóficas, § 699.

6 de Waal, [1996], pg. 59.

7 de Waal, op.cit., pg. 106.

8 de Waal, op. cit., pg. 110.

9 de Waal, op. cit., pg. 61.

10 de Waal, op. cit., pg. 67.

11 de Waal, op. cit., pg. 95.

Referencias

- Barres, J. and Moore, Ch., [1996] "Intentional Relations and Social Understanding", *Behavioral and Brain Sciences*, 19 (1): 107-154.
- de Waal, F., [1996], *Good Natured*, Cambridge, MA, Harvard University Press. *Bien Natural, Los orígenes del bien y del mal en los humanos y otros animales*, Ed. Herder, Barcelona, 1997.
- Hatfield, E., Cacioppo, J.T., Raspón, R. L. [1992], "Primitive Emotional Contagion", en Clark, M., (ed.) *Emotion and Social Behavior*, Sage Pub., California, pp. 151-77.
- Hutto, D. [2002], "The World is not Enough: Shared Emotions and Other Minds", *Understanding Emotions: mind and morals*, Goldie, P. (ed.), Aldershot, Hants: Ashgate Pub. Ltd.
- Scotto, C. [2002], "Interacción y atribución mental: la perspectiva de la segunda persona", *Análisis Filosófico*, XXII, 2002, N° 2: 135-151.
- Whiten, A. [1996], "When a smart behaviour reading becomes mindreading?", Carruthers, P. and Smith, P. (eds.), *Theories of Theories of Mind*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Wispé, L. [1986], "The Distinction Between Sympathy and Empathy: To Call Forth a Concept, A Word Is Needed", *Journal of Personality and Social Psychology*, 20, 2: 314-321.
- Wittgenstein, L., [1953] *Investigaciones Filosóficas*, Ed. Crítica, UNAM, México, 1988.